

FALSARIUS CHEF EN...

FABADA MORTAL



**Ignacio
M. Cuñat**

Un cadáver aparece encerrado en el pequeño retrete de un tren que avanza hacia Madrid. A su lado hay una lata vacía y un sospechoso cocinero, con gafas de plástico y nariz postiza, que tiene las manos cubiertas de sangre.

Así comienza *Fabada mortal* la sorprendente novela de Falsarius Chef.

Un libro de serie negra con espías, latas criminales, persecuciones, cadáveres, rubias peligrosas, secretos culinarios nunca antes revelados, una inquietante fabada gigante destinada a una causa benéfica, varios blogueros gastronómicos desapareciendo de forma misteriosa y la aparición estelar de muchos reputados cocineros de vanguardia. Todo en el marco de Cocina Fusión, el gran evento gastronómico anual que reúne a muchos de los mejores chefs mundiales. Y en medio Falsarius Chef con su inconfundible humor disparatado y surrealista, en un libro tan divertido como lleno de acción, intriga y suspense.

Índice de contenido

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

Sobre el autor

Aliquando et insanire iucundum est.

(«De vez en cuando es agradable hacer una tontería»)

SÉNECA.

1

Oye, lo típico que pasa. Que coges el tren para ir a Madrid a dar una charla y firmar unos libros y acabas medio desnudo, cubierto de sangre y encerrado en un minúsculo cuarto de baño con un señor muerto. Bueno, igual no es tan típico y no pasa mucho, pero cuando pasa es molesto.

Mira que al ver que el baño estaba ocupado podía haber ido al siguiente, que para eso iba en tren y había más, pero no. Como tenía el día *New Age*, en plan «el tiempo no existe, soy un loto del lago movido por la brisa, soy uno con el universo» y cosas de esas, me quedé esperando mi turno pacientemente, sin poder imaginar que el universo, el loto y la brisa lo que son es unos cabrones.

Y no es por insultar en vano. Es que mientras estaba mecido por el susurro de las esferas galácticas oigo unas toses convulsas muy terrestres, como de alguien asfixiándose. Preocupado, golpeo la puerta con los nudillos y descubro que no está cerrada. Me asomo y veo que dentro del pequeño evacuatorio hay un señor con la cara azul. Que conste que no tengo nada en contra de la gente de cara azul, pero me resulta inquietante si no son un pitufo. Si es un pitufo no pasa nada, cantamos una canción, ponemos verde al malvado Gargamel y luego el médico me da unas pildoritas y dejo de verlo una temporada. Pero aquel no lo era. Lo deduje enseguida porque no llevaba gorrito blanco en plan barretina y además era muy grande. Nada de un simpático enanito. No. Aquel tipo ya debía venir grande y corpulento de fábrica, pero es que además se

notaba enseguida que era de esos que se comen los corderos enteros, entre pan y pan, lana y cencerro incluidos. Un gigantón.

La cosa es que entro en el baño, me acerco a él para intentar ayudarle y me agarra la mano apretándola con fuerza, mientras dice con una cierta preocupación:

–Me muero... –Y yo tengo que coincidir con él en que aquello muy buena pinta no tiene. En plan prudente no se lo digo, por no hurgar en la herida, pero él vuelve a estrujarme la mano y continúa:

–Comer la lata, la lata... –Y yo pienso que, hombre por Dios, eso ya es vicio: agonizando y pensando en comer. Pero tampoco se lo digo porque a partir de ahí todo es un despropósito.

Que si se escurre de la taza del váter en la que estaba sentado, se desploma entre convulsiones y su generoso corpachón de señor talla XXL, ocupa todo el espacio del pequeño recinto, bloqueando la puerta; que si quiero ayudarle, pero estoy arrinconado sobre el lavabo y me clavo en la rabadilla el pequeño grifo, que además suelta chorros de agua cada vez que me apoyo; que si intentando no perder el equilibrio, me sujeto con la mano sin mirar y noto algo húmedo y caliente, y compruebo que me he cortado. Con una lata vacía. Y pienso que menos mal que el agonizante caballero hambriento ya no se entera de nada, porque igual le digo que la lata está vacía y le doy un disgusto. Pero no tengo mucho tiempo para pensar porque en eso una voz enérgica resuena al otro lado de la puerta:

–¡Abra inmediatamente! ¡Soy el revisor! ¿Qué pasa ahí?

Y antes de que se me ocurra nada original que contestar descubro que, aunque el corte de la mano es pequeño, sangra un montón, y si de por sí la escena era dantesca ahora, salpicada con los borbotones de sangre que brotan de mi mano, parece directamente ya una escena

del crimen de las de manual. Que intento contar la verdad y tengo tanta credibilidad como un menú del día de ocho pavos con chuletón de buey kobe de segundo. Y el revisor venga a golpear la puerta, que con tanto meter prisa se estaba poniendo ya, todo hay que decirlo, un poco toca-pelotas.

Entonces el moribundo tiene un último espasmo feroz, mientras le da un tirón a mi cinturón, que hace que los pantalones se me queden por las rodillas, antes de quedarse definitivamente quieto, tras exhalar un último aliento que le deja la boca abierta con un rictus mortal y extraño, como cuando después de comer pides café en un restaurante y te dicen que no tienen. Y sé que está muerto porque he visto en mi vida demasiadas merluzas difuntas como para no saber cuando algo es un cadáver.

Y de repente caigo en que estoy encerrado en el ínfimo retrete de un tren con un cadáver enorme, chapoteando en agua, con los pantalones por las rodillas, en calzoncillos, rodeado de paredes salpicadas de sangre, y que el hecho de que vista de cocinero, lleve una nariz postiza y unas gafas de plástico y diga llamarme Falsarius Chef, no va a contribuir a hacer las cosas más fáciles. Mi abogado siempre dice que no vaya así a los juicios, que tengo pinta de culpable. Luego los pierde porque es un manta y le echa la culpa a mi nariz.

Así que cuando por fin el revisor consiguió abrir la puerta, creo que desmontando las bisagras, y pude ver su rostro horrorizado por la escena que tenía ante él, iba a decirle aquello de «no es lo que parece», pero si eso no cuela cuando tu pareja te pilla en pelotas en la cama con una rubia (o un rubio, que en gustos va) no te cuento ya si lo que tienes al lado es un tío muerto. Así que me lo ahorré.

Aunque lo peor, lo peor de todo, es que disgustos aparte, con tanto cadáver y tanta tontería no me había dado tiempo a hacer pis.

2

Hay rubias que solo son rubias. Esto es, empiezan en rubia, terminan en rubia y son rubia por el medio. Poco más. Esta no. Esta era una rubia de las otras. De esas que arruinan vidas, te implican en un asesinato, provocan guerras de Troya o hacen que acabes en la silla eléctrica y encima te parezca buena idea. Ese tipo de cosas.

Una de esas rubias que sabes que van a complicarte la vida pero de las que no te puedes apartar, como si fueras un conejo en mitad de la carretera deslumbrado por los faros de un coche. Del coche que conduce la rubia.

Pero no adelantemos acontecimientos porque en aquel momento lo que tenía era un problema, y no pequeño, con la Policía.

Las fuerzas del orden son así. Descubren encerrados en un minúsculo cuarto de baño un cadáver y a un fulano ensangrentado a su lado, y enseguida se ponen en lo peor. Claro, qué fácil. ¿Estos es que no ven la tele? En las series de televisión, ves una escena como esa al empezar y lo primero que tienes claro es que ese, el que está ensangrentado junto al muerto, aunque tenga los higadillos del difunto a modo de chal por encima del cuello y en la mano un cuchillo jamonero, no es el malo. Pero claro, aquí la policía ve poco la tele y luego pasa lo que pasa.

Claro que tú vas a interrogar a un tipo que ha aparecido en estas circunstancias, le pides que se identifique y te dice que se llama Falsarius Chef y que es cocinero impostor, e igual te mosqueas. Sobre todo porque le estás to-

mando declaración a un tipo que viaja en tren vestido con un delantal negro, gorro de cocinero y unas gafas de plástico con nariz postiza y bigotillo de pelusilla.

Y si encima el tal Falsarius, esto es, un servidor, insiste además en que viste así para evitar ser reconocido por los sicarios de las peligrosísimas mafias internacionales de chefs, que hace años que quieren liquidarle por poner al alcance de todo el mundo sus secretos de cocina, comprendes que se miren con la cara que se miraban los dos policías que tenía enfrente. Y digo que lo entiendo, no que lo comparta.

Porque esa es otra. La policía ve a alguien con la cara cubierta y siempre piensa mal. Y digo yo ¿y los superhéroes? Ah, claro, de los superhéroes enmascarados no nos acordamos nunca hasta que no hay un súper villano cargándose el mundo. Luego sí, luego cuando al planeta se lo está engullendo un agujero negro de los malos, malos, o hay que salvarlo de un asteroide perdido que va a impactar sobre la Tierra, todo son llantos. Luego mucho «ay, sálvanos, sálvanos», hechos unas nenazas, pero antes, el de la máscara, a la cárcel, que, entre rejas, con esas mallas ceñidas se va a echar novio enseguida.

Pero vamos, que como estoy acostumbrado a que mi aspecto llame un poco la atención, decidí tomármelo con paciencia y darles más explicaciones. Y les conté que yo lo que tenía era un blog de cocina en Internet. Una página a la que accedías tranquilamente desde tu ordenador y en la que podías encontrar un montón de recetas. Eso no tenía nada de raro, ni me hacía acreedor de las iras de los chefs. El problema consistía en que las recetas que yo preparaba estaban hechas con la ayuda de latas, botes, congelados y demás productos que podías encontrar en el súper de la esquina. Eso lo mezclaba con algunos productos naturales y un par de trucos y conseguía unas recetas con las que cualquiera, por inexperto o torpe que fuera en

los fogones, podía hacerse pasar por un chef más que aceptable.

Eso ya les dolió más, pero mientras solo fue el blog, no hubo mayores problemas. Amenacillas, cabezas cortadas de caballo que me aparecían en la cama, un conejo blanco ahogado en el agua que hervías para preparar espaguetis. Lo típico. Pero luego la cosa se complicó.

Me llamaron para la radio y comencé a hacer una sección con mis recetas de cocina impostora todas las semanas. Luego vino la tele, donde estuve también una temporada, y las publicaciones en prensa, y luego los libros. Y la cocina impostora comenzó a hacerse bastante popular. Y eso ya no pudieron resistirlo. Si todo el mundo podía cocinar como un chef y comer estupendamente en su casa ¿qué iba a ser de ellos?

Pero los policías no parecían apreciar mi voluntad de cooperación. Me miraban en silencio, con gesto inexpresivo. En realidad creo que pensaban que les estaba vacilando. Ellos seguramente hubieran preferido que, abrumado por su silencio, me derrumbara y confesara mis crímenes entre sollozos. Pero tenían dos problemas. Uno que era inocente. El otro, que no era la primera vez que jugaba a aquel juego. Así que me dispuse a seguir contándoles cosas apasionantes y muy relacionadas con el caso que nos ocupaba. Por ejemplo, mi justificado odio por los microondas. Pero no me dio tiempo.

De repente, uno de ellos, el más mayor, el que tenía cuatro pelos mal puestos y se los peinaba hacia atrás con gomina, en plan pijito de los noventa, me dijo:

–Yo le conozco. Mi mujer no se pierde ni una sola de sus recetas los sábados en la radio. Y tiene todos sus libros. Y le veía en televisión y seguía sus colaboraciones en prensa.

Eso estaba bien. En estos casos, cuando te han encontrado encerrado con un cadáver y chorreando sangre,

siempre ayuda que uno de los policías que te interrogan sea fan.

—Antes se pasaba el día encerrada en la cocina, preparando guisitos. Hecha una esclava. Pero desde que le oye, los hace en diez minutos.

Algo en su voz me dijo que aquello no estaba resultando tan bueno como yo pensaba.

—Y no es que me dé mal de comer —continuó—. El problema es que tiene mucho tiempo libre y se pasa el día en el bingo.

Y desabrochándose la chaqueta dejó ver como al descuido la pistola que llevaba en la cintura, antes de añadir:

—Yo creo que tiene un lío con el que vende los cartones.

El policía más joven, el que lucía unos prominentes músculos bajo una ceñida camiseta, llevaba una cazadora de cuero y parecía sacado de un concurso de horterillas de Telecinco, le miró con reverencia y luego giró la vista hacia mí y se abrió también como al descuido la cazadora, dejando ver otra pistola, aún más grande que la de su compañero.

Pues oye, a chulo, chulo y medio. Si querían guerra psicológica la iban a tener. Me abrí el delantal, como al descuido, y les dejé entrever mi michelín derecho. El feo.

No podría decir que efecto les causó tan pavorosa visión, porque en ese momento llamaron a la puerta un par de veces y entró un agente, que venía a buscarles. Cruzaron algunas palabras y se marcharon sin despedirse, dejándome recluido con mi equipaje en el pequeño cuarto que el revisor tenía en el tren. Solo y, chulerías aparte, un poco preocupado.

Por suerte, siempre que viajo llevo una tartera con provisiones para imprevistos, que nunca sabes cuando vas a volver a tener un supermercado decente cerca. Y la tartera llevaba dentro unas empanalletas, un postrecito muy rico con puré de manzana, pasas y azúcar un poco carameliza-

da que hago yo, y que tiene lo mejor de una empanadilla y lo mejor de una galleta, de ahí su astuto nombre, y después de zamparme un par de ellas, el disgusto se me pasó un poco.

Y lo que tiene la glucosa. De repente me vino a la cabeza que al hombre grandote muerto ya lo había visto yo antes. No es que fuéramos íntimos ni nos hubiéramos duchado juntos, pero su cara me sonaba. Sí, sin duda era él. Había tardado en relacionarlo porque cuando yo le vi, no estaba muerto y eso, quieras que no, confunde. Es como cuando ves al camarero del bar donde desayunas todas las mañanas, paseando por la calle sin su chaquetilla blanca y sin la pajarita. No le reconoces. Y eso me pasó, solo que a él el detalle que le faltaba no era una pajarita sino la vida.

La cuestión es que estaba seguro. Había sido durante el viaje, cuando iba camino de la cafetería a comprarme un Donut.

Oye, y de vivo ya abultaba lo suyo. Que no es eso que dices, es que se ha muerto y el pobre con el trauma me ha crecido. No. Este venía grande ya de casa. Un tipo de esos a los que acabas antes si los mides por metros cuadrados. Un hombretón.

Tal vez por eso al pobre le tenían a régimen. Lo dejaba claro el hecho de que la mujer que llevaba sentada al lado, su esposa supuse, se estaba zampando las dos bandejas con comida que les habían servido en el tren. La suya y la de él.

El hombre no parecía muy feliz y las miraba como un perrito desvalido. De vez en cuando, extendía los dedos regordetes, y como si no se diera cuenta de lo que hacía, intentaba coger algo que llevarse a la boca. Pero la mujer era inflexible. Le daba un azote en la mano traviesa, como a un niño pillado en falta, y los dedos retrocedían cobardicas a guarecerse en el regazo de su propietario. El hombretón soltaba un enfadado ronquidillo y volvía a teclear

en el pequeño ordenador que llevaba abierto en las rodillas. Lo de la dieta forzosa explicaría que se hubiera escapado al baño a comerse una lata a escondidas. Los hambrientos somos así.

Y me había fijado en él no por casualidad, sino porque a su altura, al otro lado del pasillo, se sentaba un pelmazo al que conocía. Viajar en tren, pese a que parece bastante seguro, tiene sus peligros. Uno de los mayores es coincidir con un pelmazo. Un pelmazo te arruina un viaje. Oye, que hace que te den ganas de bajarte del tren, echar una carrerita, ponerte delante y que te pase por encima. O mejor al revés, que le pase a él. Dos veces. Pero nunca pasa, así que aguantas todo el viaje con el pelmazo.

Mi pelmazo de esta ocasión se llamaba Armand Poche, un cocinero francés. Así, como suena. Que conste que no tengo nada en contra. De hecho las palabras «cocinero» y «francés» por separado, te pueden gustar más o menos, pero en general son inofensivas. Pero las juntas y eso ya es otra cosa. Un pelmazo, seguro.

Si a eso le añadías que era un experto en cocina molecular, licenciado en ciencias por una prestigiosa universidad americana, y que aplicaba sus conocimientos a la forma de cocinar más extraña que pueda imaginarse, no creo que haya mucho más que explicar.

Además es que era un tipo irritante. Hombre, si hubiera sido el típico sabio/cocinero loco, con los pelos canosos bufadillos como si le hubiera dado un calambre, su bata blanca, unas gafitas redondas y viviera encerrado en su laboratorio haciendo pollos al horno de Frankenstein, huevos que viajaran en el tiempo o mejillones zombies, hubiera tenido su encanto. Pero no. Armand Poche era un cocinero científico, lleno de vanidad y muy pagado de sí mismo, que buscaba en la ciencia el secreto oculto de la gastronomía. De los aburridos, vamos. De hecho, tú le veías troceando una coliflor y parecía que le estaba haciendo una autopsia. Muy desagradable.

La cosa es que para evitar saludar a Armand, que se sentaba junto al pasillo, utilicé el viejo truco de pasar dándole la espalda y mirando a los pasajeros del otro lado, como si observara algo muy interesante. Tengo un culo precioso, pero confiaba en que le pasara desapercibido.

Y en plena operación disimule es cuando reparé en el señor grandote. Entonces no lo pensé, pero hubiera debido presentarme adecuadamente, ya que la siguiente vez que le vi estaba agonizándome encima y eso es algo muy íntimo, que casi mejor si te pasa con alguien a quien conozcas un poco. Pero es que ya no se guardan las apariencias como antes, y la gente te agoniza encima sin ninguna formalidad. Que ya son manías raras, porque puestos a tener manías en el tren, que le hubiera dado por comer Donuts, como a mí, que al menos puedes repetir. Y no incorrias a nadie, porque por su culpa andaba yo, recluido en el cuartito del revisor, con el tren parado, esperando que la policía ultimara las diligencias sobre el suceso y volviera a interrogarme, y un tanto inquieto sobre mi futuro inmediato.

Pero bueno. Yo intenté tranquilizarme pensando que hasta el momento las cosas no iban tan mal. Me habían curado la herida de la mano, me habían dejado coger mi maletín, donde siempre llevo un uniforme de repuesto, y había podido cambiarme, con lo que ya no andaba cubierto de sangre. El interrogatorio había sido corto y al irse no me habían esposado. Además, desde el cuartito en el que estaba, a través de una pequeña ventana podía ver al revisor que hablaba con los dos policías que me habían interrogado. La charla era relajada. Fumaban y todo parecía tranquilo, casi rutinario. Supuse que alguien se había tomado la molestia de comprobar que la muerte del caballero orondo era natural, escandalosa pero natural al fin y al cabo, y que la sangre era de mi mano. Entonces apareció ella.